pamiento y la fruición de la visión gloriosa de Dios. Le buscas y en ti está esa realidad que buscas, pero está oculta.

Dios está siempre en mi alma. Dios está dándome la vida natural y la sobrenatural de la gracia, si yo no la rechazo. Dios está siempre activo en mi cuerpo y activo con actividad infinita en mi alma. Dios está obrando las maravillas de la santidad dentro de mi alma siempre que yo se lo permita y coopere.

Como reflexionaba antes diciendo que en la creación externa de los mundos no hay novedad alguna para Dios, porque siempre la ha tenido presente, tampoco hay novedad en mi alma para Dios. Siempre mi alma ha estado presente a Dios. Eternamente Dios ha visto, ve y verá mi alma. Yo me veo a mí en la creación, pero no me he visto antes de que Dios me criara y ahora veo mi cuerpo, pero no veo mi alma ni sé cómo está. Dios siempre, desde la eternidad, me ve como presente; ve mi alma y mis pensamientos. Eternamente mis afectos y mis obras cada una de por sí con todas las circunstancias han estado en Dios con toda su realidad. Eternamente veía El en Sí mismo mi correspondencia, mis virtudes, mis pensamientos y afectos, mis perfecciones e igualmente veía en Sí mismo en su esencia mis debilidades, mis cobardías, rebeldías y pecados. Siempre he estado, siempre estoy, siempre estaré presente a Dios.

Dios está en mí, en mi alma. El Infinito en amar, en saber y en poder está en mi alma. Dios me está dando y conservando la vida y cuantas buenas cualidades tengo. Dios me está dando las fuerzas para poder. Dadme, Señor, que siempre quiera amaros y obedeceros. Dios vive en mí. Me hace participante por la gracia de su misma vida. Dios amoroso se hace mío; quiere hacerse mío y se hará tan mío cuanta sea mi felicidad, cuanta sea mi entrega a El.

¡A qué reflexiones tan delicadas se prestan estas grandes verdades! ¡El Ser Infinito está en mí y se hace mío! ¿Qué no podré yo si el Amor Infinito está en mí? ¿Qué no podré yo si de verdad me he entregado al Amor Infinito? ¿Qué no podré yo si, habiéndome entregado, me recibe el Amor Infinito y me está llenando de su amor, de su dulzura, de sus perfecciones?

48. ¿Cómo está Dios en mi alma? No lo sé, no lo puedo saber mientras viva. Miro a mi propia alma y me examino. ¿Cómo está mi alma en mi cuerpo? ¿Cómo está mi alma en la gracia y para con Dios? Examino mi alma, y con ser yo mismo y mi vida, no sé cómo está mi alma. Miro al que está al lado mío y con quien trato y convivo y no sé cómo está su alma. Si yo no sé cómo está mi propia alma, ¿cómo voy a saber cómo está el alma del que está junto a mí?

Veo mi cuerpo y veo el cuerpo del que está junto a mí. No conozco el misterio de la vida en mi organismo, ni cómo obra ni cómo se conserva la vida y se forman los afectos, ni en mi propio cuerpo ni en el que conmigo convive y trata. Vivo en oscuridad y desconocimiento de lo esencial e íntimo de mí mismo.

Yo no sé cómo está Dios en mí, pero sé que está en mí y me conoce y obra toda esa maravilla misteriosa en mí.

Dios sí que sabe cómo está mi alma y cómo ha estado siempre. Nada puedo ocultar a Dios. Dios está presente en lo íntimo de mi intimidad, en lo íntimo de mi alma, y sabe cuántas gracias me ha dado y las luces que me ha comunicado. Dios sabe cuántas virtudes he practicado y las veces que me he vencido y las que he sucumbido.

Dios sabe y ve presentes continuamente el número de actos de amor que he hecho y la intensidad o flojedad con que los he vivido. Dios ve la diligencia mía en su servicio y a sus llamadas, y mi negligencia o infidelidad. Dios ve cómo he crecido en la virtud y en el amor y cómo he intensificado mi vida espiritual.

Yo no sé, no veo cómo estoy delante de Dios, en la esencia de Dios, en la vida de Dios. Pero sé que en esa esencia de Dios están presentes todos los actos que he realizado desde que nací, con todo el amor y rectitud de intención que he tenido o con

toda la mala voluntad o desidia con que los he realizado. En Dios están, presentes están y han estado siempre mis fervores y abnegaciones y mis egoísmos y tibiezas. Sabe Dios y ve cuántas gracias me ha dado y cuánto y cómo ha crecido en mi alma su amor y su gracia por mi fidelidad y correspondencia a sus inspiraciones, o cuánto ha perdido y me he manchado por mis rebeldías.

Dios está presente en mí. Dios está más íntimamente en mí que yo, que lo más íntimo mío a mí mismo. Lo más íntimo mío son mis pensamientos, son mis afectos. Nadie sabe lo que yo pienso si yo no se lo quiero manifestar. Nadie sabe lo que yo amo ni en lo que yo tengo mi afecto si yo no lo quiero expresar. Pero Dios sí lo sabe, lo ve y lo pesa. Dios está más íntimo en mí y en mis pensamientos y en mis afectos que yo mismo, y los aprecia más equitativamente. Porque yo no sé cuánto entiendo, aun cuando sé algo de lo que entiendo. Yo no sé lo que amo ni con qué intensidad amo ni a las cosas ni a Dios, aun cuando me parece amo algunas cosas del modo que no debiera y no amo a Dios como debiera. Yo no sé la rectitud que pongo en mis obras ni la intensidad de amor que en ellas tengo; pero El sí sabe y ve cuanto yo entiendo, cuanto yo amo; Dios sí sabe y ve mi rectitud y la intensidad de amor o falta del mismo amor en mis obras. Dios sí ve y sabe si pongo mi afecto en las cosas y en qué cosas o si le pongo en El. Dios está

viendo cuándo me engaño a mí mismo y cuándo le amo con todas mis fuerzas. Estás, Dios mío, en mis pensamientos, estás en mis afectos, estás ayudándome y llamándome; me pides el corazón, ¿y no vas a saber cuándo pongo todo mi amor y toda mi atención en Ti? Dios quiere tomar posesión de mí, Dios quiere ser mi vida y mi savia, pero quiere que yo corresponda.

Siembra, Dios mío, inspiraciones en mi alma; hazme llamadas de amor y dame gracia para que las siga, para que amorosa y voluntariamente te haga dueño absoluto de todos mis pensamientos, de todos mis afectos y de todas mis obras, interiores y exteriores. Sé que tú, Padre mío, me los recoges para premiármelos. Me pides el corazón para hacérmele brasa de amor y transformarme después en gloria. Sé que ni un solo acto, ni una sola lágrima, ni un solo sacrificio realizado por Vos dejaréis de galardonármelos, y para siempre, para siempre...

Dios está en mi alma, en mis pensamientos, en mis afectos, en todo mi ser. Debo ofrecérselos todos. Pero ¿cómo está Dios en mi alma en el orden que pudiera llamar entitativo? Tampoco lo sé. Pero sí sé con certeza que Dios es infinito y está todo infinito en mi ser y en mi inteligencia.

Dios infinito, omnipotente, está todo en mi alma y en mi inteligencia de un modo altísimo, perfectísimo, que yo no puedo comprender; mi enten-

der en la tierra no llega a tanto. Dios está en Sí mismo, como yo no sé. Su esencia es su existir. No necesita de ningún ser. Y Dios está en mí y en cada uno de los seres que ha criado y está todo en cada uno. Dios está en mí como está en los ángeles.

49. Los ángeles, *con la luz de la gloria,* ven a Dios en su esencia, le admiran, le alaban. Los ángeles con esa luz ya se explican cómo está Dios en Sí mismo, ya ven cómo está en ellos y como está en todos los seres. Ya ven algo de la inmensidad y de la grandeza de Dios y comprenden esa luz, esa hermosura, ese bien superior a cuanto puede comprender naturalmente el entendimiento, muy superior a toda ilusión y a toda aspiración. Y ese mismo Dios infinito está lo mismo en mi alma, pero aún no deja sentir sus efectos gloriosos, y yo soy como un cieguecito que no lo ve, como un retrasado mental que no lo comprende; pero lo sé con toda seguridad; sobre la razón natural que me lo anuncia, me lo enseña con certeza la fe.

La fe infalible me lo enseña y en su oscuridad me da el más alto conocimiento que de Dios puedo tener por encima de la ciencia de las inteligencias más penetrantes; todo lo que esas inteligencias pueden comprender es nada comparado con Dios. La fe me asegura que Dios es el sin límites en toda perfección y hermosura; sin figura, sin de-

talles, Dios es el infinito. No puede darse noción más alta. Cuando quiero poner detalles, le limito, le empequeñezco. Dios es sobre toda idea y noción y Dios infinito está todo como es en mí; está con toda su perfección, con toda su omnipotencia, con toda su grandeza.

Y está en mí como si sólo fuera para mí y como si sólo yo pudiera participar de esas infinitas perfecciones. La participación que de Dios tienen los demás seres y los ángeles no disminuye la mía, sino que aumenta mi amor, mi gozo, mi admiración y mi alabanza a Dios. El alma santa y el alma bienaventurada se goza en que los demás participen de la gloria de Dios. Por eso el alma en el cielo no ama más a quien amó más en la tierra, sino a quien más amó a Dios y más participa de la vida y gloria de Dios. Porque le ama en Dios mismo, ama más a la más santa.

Sueño yo aquí—y sueña cada uno de todos los religiosos—que seré yo el que más ame a mi santo fundador y mi santo fundador será a mí a quien más ame. Me glorío yo en decir que soy hijo de la Virgen, y parece la Virgen me tendrá más amor. Pero no será así en el cielo. Allí se ama según el amor que se recibe de Dios, y se recibe el amor de Dios según fue el que a Dios se tuvo en la tierra. En el cielo se ama a los demás según la intensidad de amor que los demás tienen a Dios y en proporción de la gloria que Dios les comunica. La Virgen

amará más al que fue más santo, y el santo fundador de mi Orden amará más al más santo, aun cuando no haya oído ni nombrar su Orden.

Dios está en mi alma. Dios está con especialísimo amor en los limpios de corazón; los limpios de corazón son los que tienen rectitud de corazón, los que tienen su corazón y su atención puestos en Dios. Dios está más complacido en ellos y los ilumina como enaltece a los humildes.

A Dios no le deslumbran las grandezas de la tierra. A Dios no le conquistan ni la hermosura creada, ni las atractivas cualidades de los hombres, ni las riquezas que se posean, riquezas que con frecuencia descaminan a tantos hombres. Dios se complace en los limpios de corazón y en los humildes de corazón. Despótico era el poder de Herodes. Caifás estaba en el más alto puesto sagrado de Israel; mandaba en casi todo el mundo Tiberio Augusto con grandeza y dominio y Dios prescinde de todos ellos y se complace en una pobrecita humilde llamada María y en un desconocido trabajador llamado José. No deslumbraban ni cambiaban los criterios y juicios de Dios ni las invictas legiones romanas, ni el poder soberbio de Roma triunfante, ni la crueldad y astucia de Herodes, ni el materialismo de Caifás puesto en el templo, ni la elocuencia y poesía de los escritores más preclaros. A Dios le atrae y encanta el alma humilde y limpia. Dios mora complacido en el alma humilde

y limpia; sobre ella vuelca sus misericordias y sus grandezas.

50. La humildad es la verdad. El humilde reconoce su nada; sabe que cuanto tiene lo ha recibido de su Padre celestial y de El ha de recibir lo que le falta y la misma felicidad de la gloria. Sabe que ese Padre celestial que le ha criado no le ha dicho como dice un inventor a la máquina que ha construido: «Anda tú ahora sola por el mundo», sino que le dice: *Yo soy quien te conservo el ser y comunico las perfecciones que tienes y las que te daré; yo estoy siempre en ti.* Dios está dentro de mí, me está dando el ser y la vida; si Dios me dejara, yo volvería a la nada, como antes de existir. Mi Padre celestial está más íntimo en mí que mis propios afectos, que mis propios pensamientos. Dios está más en mi alma que mi propia alma.

Yo no comprendo ni cómo obra, ni cómo informa mi cuerpo, ni cómo desarrolla sus facultades por los órganos de mi cuerpo. Yo no sé lo que es mi alma ni cómo es en sí misma ni con relación a mi cuerpo, aun cuando sé que es espiritual y que es inmortal. Dios la ha criado, Dios está en ella, ha formado su esencia y la conserva y está dándome la vida. ¡Dios infinito está íntimo a mí!

Jesús me dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* La limpidez

del alma y la rectitud de intención iluminan el alma con la luz de la fe. El humilde recibe más clara y más intensa la luz de la fe. El humilde y limpio de corazón ve más alta y más claramente a Dios y sus perfecciones. ¡Hacedme, Dios mío, humilde y dadme limpieza de corazón!

El alma humilde ve que ha sido criada por Dios y de Dios está recibiendo la vida. El alma humilde, reconocida, se dice a sí misma: «Todo lo he recibido de Dios, todo lo estoy recibiendo de Dios, espero de su bondad recibir todo lo que me falta y que me hará feliz llenando mis ansias y dándoseme a Sí mismo en el cielo.»

Como el niño tierno y cariñoso está en los brazos de sus padres confiado y ofreciéndoles su pequeñez y la sonrisa y la mirada de su inocencia, está confiada el alma humilde en los brazos de Dios, sabiendo que esos brazos la estrechan con amor y a Dios se entrega totalmente haciendo su divina voluntad con la mayor delicadeza y no apartando su mirada y su intención del querer divino.

La humildad es la verdad. No puedo ocultar a Dios lo que con frecuencia oculto a los hombres y aun me oculto a mí mismo. El primero a quien engaño es a mí mismo. Más miedo me tengo a mí mismo que a todos los demás, porque soy el primero que me estoy engañando diciéndome que quiero cuando realmente no quiero y diciéndome

que no puedo cuando realmente es que no me determino.

A Dios no puedo engañarle. Dios lo ve y lo pesa todo. ¿Cómo le voy a engañar diciendo: No puedo, no tengo, no he recibido, cuando me puede decir: Si te lo estoy dando Yo, si estoy derramando sobre ti en abundancia eso que dices no tienes? ¿Si yo estoy en ti, contigo, y me pongo a tu disposición?

¡Estoy en Dios! ¡Estoy en Dios! Dios está empapándome de Sí mismo, en su verdad. Dios está en mí como es: infinito, infinito en amor, infinito en bondad, infinito en grandeza y hermosura, infinito en poder, y es todo para mí. Dios me está dando el ser, la vida, el entender, el querer, todas mis actividades y perfecciones. Dios es mi vida y mi todo.

El alma humilde atrae la mirada del Señor. Dios colma de gracias especiales al alma humilde; colmó el alma humildísima de la Santísima Virgen.

El alma humilde se ofrece, y el alma humilde acepta, acepta sin distinciones; todo lo considera dirigido por la Providencia para su bien. ¡Qué grande es la virtud de la aceptación! Serán alegrías o penas; serán exaltaciones o postergaciones; vendrán por los santos o por los malvados, pero no vienen sin la permisión de Dios. Desde la eternidad lo veía y tenía preparado mi Padre celestial para mí; es regalo de mi Padre celestial y yo debo

recibirlo como venido de su mano y para mi santificación.

51. Pienso yo en Jesucristo. Veo que Jesucristo fue humildísimo. No ha habido inteligencia criada que pueda compararse con la inteligencia del alma de Jesucristo. Desde el momento en que fue criada el alma de Jesucristo, fue levantada a la unión hipostática del Verbo Eterno y fue enriquecida con una riqueza de perfecciones en entender y en amar y en toda clase de gracias sobrenaturales y naturales, como no ha habido ni habrá otra ni otra sustancia separada o espíritu angélico; se le comunicó todo el poder y todo el bien por su unión hipostática con la Segunda Persona de la Trinidad Santísima.

El alma de Jesucristo era humildísima y vivía la verdad. Su entendimiento veía clarísimamente lo que era y lo que había recibido, y se diría: «Tengo, Dios me ha dado, todas estas perfecciones, muy superiores a las de las demás criaturas. Se me ha hecho superior a ellas. Dios me ha dado el poder en la tierra, se me ha dado el don de los milagros; se me ha infundido la ciencia para conocer las propiedades de los seres y de los mundos todos, de penetrar los pensamientos y los sentimientos de los hombres y de los ángeles, y tener el dominio de todos. Veo clarísimamente toda la hermosura, toda la santidad, toda la bondad y ri-

queza con que ha dotado Dios mi alma. Me lo ha dado todo Dios. Todo ha sido don gratuito y generoso de Dios. Nada he merecido.

»Y sobre todo esto inapreciable que me ha dado benignamente, ha levantado esta mi alma a la unión hipostática con la misma Sabiduría increada, con la Segunda Persona de la Trinidad Santísima. Todo, Dios mío, es dádiva tuya. Todo agradecido te lo ofrezco para tu gloria. Todo lo pongo a tu servicio y para tu alabanza.»

Nadie se ha conocido a sí mismo como se conoció Jesucristo. Nadie se ha dado cuenta de los dones recibidos de Dios como el entendimiento de Jesucristo. Jesucristo, en su naturaleza humana, no se ha engreído con tantas perfecciones y tanta gloria. El entendimiento de Jesucristo era humildísimo. Jesús vivía la verdad y la verdad era que nada había merecido; todo se le había dado generosamente. Porque el alma de Jesucristo había sido criada de la nada y sin merecimiento anterior fue unida al Verbo y enriquecida con tanta dádiva y tantas perfecciones.

Nadie, repito, se ha conocido a sí mismo, nadie ha comprendido a los demás, nadie ha conocido los secretos de la naturaleza y los prodigios, bellezas y riqueza del mundo como Jesucristo; todo se le había dado y lo tenía en su mano; y Jesucristo, humildísimo, reconocido, dice: *«Padre, te doy gracias. Me ofrezco todo en alabanza y en amor a Ti.*

Me has llenado de tu misma vida, me has unido a Ti. Te ofrezco en holocausto de amor y agradecimiento a tu gloria todo mi ser, toda mi alma, todos mis pensamientos y afectos, todas mis aspiraciones y el uso de mis sentidos. Todas las alabanzas de los hombres. Todo para Ti junto con mi vida.» Jesucristo fue humildísimo. Estaba viviendo la verdad.

Jesucristo conocía la naturaleza divina y veía su esencia, pues su alma era ya bienaventurada. Ningún ángel de cualquiera de las jerarquías ni todos juntos—si pudieran sumarse unos a otros—puede comprender de Dios, de la naturaleza divina y de sus perfecciones, cuanto entendió el entendimiento de Jesucristo por la ciencia infusa que le fue infundida desde el primer momento. Jesucristo comprendía de la esencia de Dios y de la esencia, naturaleza y cualidades de todas las criaturas materiales y espirituales y de todo el universo sobre todos los entendimientos, no sólo porque estaba superdotado sobre todos los demás entendimientos y con ello adquiría la ciencia experimental más grande y más perfecta, sino porque Dios le infundió la ciencia como a ninguno otro por su unión hipostática con el Verbo.

Jesucristo veía a Dios y estaba unida su alma a la naturaleza divina en la Segunda Persona de la Trinidad; por esta unión era impecable, era la santidad. Jesucristo veía a Dios con su entendimiento

criado, con la inteligencia de su alma, como no puede verle nadie, y veía las perfecciones de Dios, y se ofrecía lleno de amor y reconocimiento a Dios, se ofrecía totalmente con cuantas perfecciones y grandezas había recibido en alabanza y glorificación a Dios. El entendimiento creado de Jesucristo, lleno de admiración y dicha, veía y decía: *«Estoy lleno de Dios. Dios infinito está todo en mí; Dios me llena en felicidad y gozo.»* El entendimiento del alma de Jesucristo, en su altísima mirada de bienaventura, veía, comprendía a Dios; veía la esencia divina y sus perfecciones por encima de las inteligencias de los bienaventurados y su gozo también era mayor. Y veía y comprendía que lo inmenso y altísimo de lo que veía de Dios era nada comparado con lo que hay que ver en Dios y le quedaba por ver. El entendimiento criado de Jesucristo no solamente no puede nunca llegar a comprender totalmente a Dios, sino que de su altísimo comprender hasta lo infinito de la hermosura, de la grandeza, de la bondad y sabiduría de Dios hay aún infinita distancia, y se gozaba de que tanto superara la realidad infinita de Dios a su entender. ¿Qué será Dios?

52. Y ese Dios que llenaba el alma de Jesucristo, ese Dios inmenso, cuyas perfecciones no puede llegar a comprender totalmente el entendimiento de Jesucristo, está en mí; ese mismo Dios

es el que llena mi alma, el que me llama a su amor para enriquecerme, el que me comunica la vida y quiere ser también mi vida sobrenatural.

El entendimiento de los ángeles se pierde gozoso en tanta grandeza, sin llegar a comprenderla del todo. El entendimiento humano de Jesucristo, que comprende los mundos y conoce cada uno de los astros y de los seres, se pierde dichoso viendo que no abarca ni una mínima parte de la infinita luz, de la infinita hermosura y de la infinita sabiduría y poder de Dios. Y a Dios, luz infinita, perfección infinita, sabiduría y encanto infinitos, que es también inmenso, me he consagrado yo. A Ti, Dios mío, he ofrecido mi vida toda y quisiera que todos mis actos y todos mis afectos y pensamientos, como todas mis obras, fueran para Ti. Y ese Dios infinito, que me recoge, que está en mí llenándome, me dice: «*Abre tu corazón, ensancha tus deseos, agranda tu capacidad de amor, que quiero llenarte de mi hermosura y de mi luz; quiero hacerte amor de mi amor. Déjate en Mí para que yo te meta en la fragua de mi amor y te enrojezca en este mi fuego infinito y te haga fuego mío, amor mío, verdad y hermosura mía.*» ¡Oh Sabiduría, oh Bondad, oh Amor infinito! ¿Por qué no me entregaré yo para que se realice en mí obra tan maravillosa? ¿Por qué no me envuelven esas llamas de tu amor y me hacen llama de amor? ¿Por qué envolviéndome,

como de hecho me envuelven, no me hago fuego de tu amor?

Me pide Dios mi cooperación, como se la pidió a la Virgen; me pide que yo quiera querer, que yo me determine a querer y a morir a mi amor propio, que yo le suplique humilde y con constancia, como le suplicó la Virgen, y Dios obrará entonces su obra en mí, como la obró en la Virgen.

Dios está en mí, como está en la Virgen, como está en los ángeles, como está en el alma de Jesucristo; no todavía con efectos sensibles gloriosos, pero sí la misma infinita realidad. Dios está en mí poniendo hermosura, saturándome de gracia, llenándome de Sí mismo. Como el agua empapa la esponja y cuanto más crece la esponja más capacidad de agua tiene, así cuanto más crezca yo en virtudes y en la vida espiritual, más me llenará Dios, más participaré de la luz y de la hermosura de Dios.

Vivo en Dios y para Dios. Dios mío, Dios mío, ¡si yo lo viera y lo comprendiera!... ¡Si fuera constante en mis propósitos y humilde!... ¡Qué maravillas obraríais en mí!... Veía aquella carmelita de amor, Santa María Magdalena de Pazis, veía, porque se lo mostraba Dios, lo que era un alma en gracia y quedó fuera de sus sentidos al ver tanta hermosura, tanta suavidad, tanta grandeza en la participación del mismo Dios.

¿Qué es un alma en gracia? Es un alma no sólo

vestida de Dios, sino empapada en la misma hermosura y dicha de Dios. Esa alma debiera ser yo. Dios quiere que yo ya sea así. Alma mía, Dios mismo, personalmente, el Infinito con todas sus perfecciones, está en ti, quiere estar poniendo amor y santidad en ti. Sueña tú con El y en sus grandezas, únete a El para que te levante, para que ponga y grabe su realidad en Ti, y tu recuerdo y aspiración sea El y tus obras para El y según El.

Que ciegue yo, Dios mío, a todas las cosas visibles; que muera yo a mi amor propio, que es mi mayor enemigo; que ciegue yo a todo lo exterior y ponga toda mi atención en Ti, y mire que Tú me miras, y mire que Tú me llenas, y mire que Tú quieres establecer tu morada en mí, en lo íntimo de mi alma y unirme a Ti.

Olvídeme yo de mí mismo, como se olvidaron los santos, y olvídeme de las cosas externas para atender sólo a Ti y vivir sólo para Ti. Amadme para que yo os ame. Hacedme cielo vuestro y llenadme de Vos y que os alabe.

QUINTA LECTURA - MEDITACION

EL ALMA CONSAGRADA A DIOS ES SU ESPOSA Y SU TEMPLO Y DIOS LA LLENA DE SI MISMO Y LA UNE CONSIGO

53. La Iglesia llama al alma consagrada esposa de Cristo.

La verdadera Esposa de Cristo es el alma unida en amor con El por la pronta voluntad con que hace su querer practicando las virtudes. El alma unida a Dios en amor se dice a sí misma: «Soy de Dios. Voluntaria y decididamente he escogido y me he determinado y determino ser de Dios en todo en toda mi vida y en todas las acciones de mi vida, en cuanto lo permita mi flaqueza.» No me he de olvidar de mi propia flaqueza para no caer en desaliento. Aquí está compendiada mi vida.

También quiero apropiarme yo las palabras que la Iglesia pone en los labios de las que fueron vír-

genes y mártires y en los de la religiosa cuando toma el velo: «No quiero tener ningún otro amador ni ningún otro amado. Toda yo en mi interior y toda yo en mi exterior; toda yo en mis acciones y toda yo en mis pensamientos y deseos me ofrezco para ser de Dios y estar entregada a Dios.

Yo vivo en esta altísima realidad de Dios. Vivo en esta divina realidad no sólo envuelto ni solamente sumergido, sino que vivo también empapado en Dios. La gran verdad filosófica y la gran verdad de fe me enseñan que Dios está en todas las cosas por esencia, por presencia y por potencia. Dios está en mí por *esencia,* dándome el ser y dándome el obrar. En tanto existo, en tanto puedo lo que puedo en cuanto Dios está en mí dándomelo. Dios está en mí por *presencia,* viendo y presidiendo todas mis acciones y todos mis pensamientos y deseos. Nada de cuanto yo realizo interior o exteriormente puede Dios dejar de presenciar y de ver y de juzgar. Dios está en mí por *potencia,* dirigiéndome, gobernándome para que pueda realizar mis obras en orden a mi fin, para que se desenvuelva mi vida según las leyes por El establecidas, y sin quitarme mi libertad pueda alcanzar la felicidad para la cual me ha criado.

Estoy en Dios y Dios está en mí, y quiero estar por amor y por gracia levantando mi alma a vida sobrenatural. Yo deseo que Dios esté en mí por amor de predilección.

Dios está con su amor y su gracia santificando mi alma y está delicadísimamente presente en mí, con presencia de amor, para que yo goce de esta su real y física presencia con una intimidad inexplicable de amigo y de Padre, que viene a convivir conmigo, que viene a introducirme en el banquete de su mesa, que establece la unión maravillosa de El con mi alma estando en ella como está lo que yo conozco en mi entendimiento y como lo que yo amo en mi afecto. ¡Tan íntimo y unido está Dios conmigo y quiere estarlo eternamente!

Por lo mismo que yo escojo ahora en el tiempo poner todo mi corazón en Dios y ser todo de Dios y le pido que llene mis potencias de su amor de predilección, quiere hacerme eternamente feliz con la dicha y bienaventuranza que haya merecido aquí con mis virtudes, teniéndome en El mismo y llenándome de su mismo gozo infinito en el cielo.

54. Mis virtudes son la verdad de mi amor y la realidad de mi amor. Mis virtudes son mi fidelidad a Dios y mi compenetración y unión con el entendimiento y la voluntad de Dios. Si yo practico las virtudes, estoy cierto de que hago la voluntad de Dios, de que mi alma está unida a la voluntad divina y como metida en el mismo pensamiento o entendimiento divino. Si estoy tan inmerecida, pero realmente unido al entendimiento y voluntad de Dios, estoy vestido de luz y hermosura sobre-

natural y del mismo Dios; Dios me está haciendo participante de su misma vida y de sus perfecciones; no lo veo claramente ahora, porque no se puede ver hasta que no se reciba *la luz de la gloria;* ahora lo veo oscura e imperfectamente con la luz de la fe; pero esta fe me dice que está tan íntimamente unido y tan compenetrado conmigo como está lo que yo conozco con mi entendimiento. Lo que yo conozco, mis ideas son mías y son en cierto modo mi propio entendimiento; mis afectos son míos, en cierto modo son mi propia voluntad, y de semejante modo Dios se ha hecho mío y yo de Dios. Con claridad veré esto y lo gozaré en dicha en la esencia divina en el cielo. Pero es el mismo que está ahora en mí.

Me he ofrecido a Dios y Dios me ha recibido según ha sido mi ofrecimiento. Dios está en mí, en lo íntimo mío; Dios está llenando y empapando mi alma y está dando el vigor y la fortaleza a mi cuerpo. Dios está en mi entendimiento, dando vida a mi alma y dando vida y sensación a mis miembros. Dios está en lo íntimo de mis pensamientos y en lo íntimo de mis afectos y de mis deseos. Dios me da el ser y es mi vida; la vida de mi alma y de mi cuerpo. Yo os suplico, Dios mío, con el mayor amor que puedo y por el amor que me tenéis, que toméis ya total y perfecta posesión de mi alma y de mi cuerpo y me llenéis de Vos para que sea práctica y efectivamente de Vos. Disponed

ya de mí como dueño absoluto, sin que haya de mi parte resistencia alguna, ni de mi interior ni de mi exterior, ni de mi alma ni de mi cuerpo, ni de mis pensamientos ni de mis afectos y deseos. Que todos sean para Vos.

55. Si mi alma está en la gracia de Dios, está sobrenaturalizada, está vestida e iluminada de la luz de Dios, tiene participación de la naturaleza de Dios.

Porque el alma en gracia está levantada sobre las perfecciones naturales, está levantada sobre su natural entender y amar. Las obras que realiza son sobrenaturales, o sea están por encima de su naturaleza natural; tienen intensidad de amor divino, son de un merecimiento más grande, de otro orden del que yo veo y puedo comprender. Nada natural puede valer como lo sobrenatural ni compararse con ello. Alma mía, si estás en la gracia de Dios, tienes en ti grabada por altísimo modo la imagen hermosísima y viva de Dios.

Porque la gracia de Dios es el mismo Dios poniéndose amoroso en el alma, haciendo participante de su naturaleza al alma. Es cierto que aún no quita el Señor las debilidades del alma, que no hace desaparecer ni las tentaciones ni los desórdenes de esta pobre naturaleza caída por el pecado original, que aún no borra ni las locuras de la imaginación ni los apetitos de los sentidos; pero al po-

nerse Dios y grabar su imagen viva y hermosísima en el alma, la pone vida sobrenatural, la ilumina con luz sobrenatural. Alma mía, así hermoseada, eres amada de Dios en amor de predilección.

¡Dios mío, si yo viera mi alma!... ¡Si viera cómo se ilumina y hermosea mi alma con las virtudes y el bien obrar!... ¡Si yo viera cuánto gana estando recogida con Vos en oración!... Todo está ahora oculto a mis ojos. Pero yo sé que si mi alma está en gracia, está también envuelta e iluminada en la luz de Dios, participa de la vida de Dios y del tesoro sobrenatural en las perfecciones divinas. Está sobre toda la naturaleza criada y sobre cuanto yo puedo soñar. No veo yo mi alma; pero Vos, Dios mío, si la veis y la tenéis. Confío en vuestra misericordia infinita, habréis iluminado y envuelto mi alma en vuestro amor y en vuestra hermosura, me la habréis levantado a participar y vivir vuestra vida, como me dice la fe.

56. Fundamentalmente deseo yo, y veo lo desean las almas consagradas en las religiones y muchas que viven en sus casas, ser sólo de Dios. Porque deseo ser sólo de Dios me he apartado de la sociedad y de las gentes y he buscado el retiro; porque deseo ser sólo de Dios he renunciado a los bienes y he dejado las diversiones, los espectáculos y las compañías que disipan; porque deseo ser de Dios he abandonado el regalo, la comodidad

y el lujo y me he acogido a la cruz y al sacrificio, y dejando mi libertad, me he puesto bajo la obediencia para imitar a Jesucristo y hacer más seguro la voluntad de Dios. Ser de Dios y que Dios ponga en mi alma su sello y me la hermosee con su amor y la santidad es mi único anhelo; todo lo demás lo quiero mirar como de ningún valor o quiero desasirme de ello, porque es impedimento para el amor y la unión de amor con Dios.

Escribe Santa Teresa que un día le dijo el Señor: *«Búscate en Mí y a Mí buscarme has en ti.»* A esto tiende todo mi esfuerzo y en esto veo centrada mi dicha. Conseguir esto es haber llegado a la perfecta vida interior y espiritual, es vivir la realidad de la vida sobrenatural, que yo he venido a buscar.

Búscate en Mí. Me retiro de todo y me recojo en el silencio, y fomento la vida interior buscando a Dios, y le busco en El mismo. La vida interior perfecta es vivir en Dios y a Dios mismo en su trato y en su amor. El que aspira a ser espiritual busca a Dios en Dios mismo. Yo busco a Dios y me desprendo y me despego de todo para buscarle en El mismo y dentro de mí. Dios está dentro de mí. Yo estoy en Dios, tengo que encontrarme dentro del mismo Dios.

Dios es infinitamente superior a mí, no pueden verle mis ojos ni sé el camino que me lleva a Dios. Soy como un pobrecico que no ve y necesita quien

le guíe. Soy un pobrecillo ciego y Dios mismo me da por guía la fe. Si busco a Dios de corazón, no me perderé si no quiero perderme. La fe me llevará indefectiblemente hasta El. La fe me guiará seguro hasta meterme en la hermosura de la vida de Dios, hasta sumergirme en el lago inmenso del amor de Dios y hacerme vivir la vida interior. Dios mismo es la vida interior de mi alma, como por la fe es Dios mismo quien me guía. Voy como con los ojos vendados por la oscuridad de la fe, pero voy segurísimo porque Dios mismo me guía para darme su hermosura y su vida.

Llegaré a la hermosura de Dios y a la posesión de Dios por los caminos que Dios me señala; estos caminos seguros y de luz son las virtudes.

57. Vivir la vida interior, o vivir a Dios y poseer a Dios, es lo más grande y el tesoro más valioso que puede darse. Muchos son los obstáculos que tengo que superar y muchas las dificultades que tengo que vencer hasta conseguirlo.

Los más terribles obstáculos y las dificultades más costosas de superar no son los que veo y lamento fuera de mí; son las que están dentro de mí y forman parte de mi mismo ser; son mis propios sentidos y mis propias potencias; son los desordenados apetitos míos y mis gustos y complacencias; son mi flaqueza y mi soberbia y mi rebeldía. Son mi propio cuerpo y mi propia alma. Tengo que

determinarme con decisión y sin cansancio a superar uno a uno los obstáculos y las dificultades con el ejercicio de las virtudes. Cuando las virtudes florezcan y llenen de fragancia mi alma, me meterá Dios en el sol de vida y de hermosura, en la fuente de la sabiduría y de la felicidad, en el horno de la vida interior, que es El mismo, donde quiere abrasarme y convertirme en llama.

Me he recogido para buscar a Dios en Dios mismo. La fe me asegura que la encontraré adquiriendo las virtudes. Las virtudes florecen ejercitándolas. Las virtudes transforman el alma hasta sobrenaturalizarla, hasta unirla con Dios.

Dios me ha traído a su casa para depositar en mí el inapreciable tesoro de la vida sobrenatural. No me ha llamado el Señor para que sea mi alma como un astroso mendigo, sino para hacérmela propietaria del tesoro de la gracia y de la santidad, para hermosearla y engrandecerla con una belleza y riqueza superior a toda comparación y para darse El mismo a mi alma.

58. Si el alma santa es esposa de Cristo, es también propietaria de Dios. El Señor en su infinita generosidad me llama, porque quiere hacer de esta pobrecica y achacosa alma mía, tan llena de flaquezas, una maravilla de hermosura y de riqueza, de sabiduría y de amor, transformándola para que sea esposa suya, templo y trono suyo. La es-

posa manda por amor en el Esposo; el Esposo es propiedad de la esposa. La esposa ha de estar transformada y unida en unión íntima de amor con el Esposo de tal modo que su voluntad, su querer y su obrar es hacer la voluntad de Dios y su amar es amar con el amor de Dios.

Para tanta delicia vengo a buscar a Dios y a buscarme a mí en Dios. Tengo que buscarme en el mismo Dios y con el mismo Dios, porque Dios no está fuera de mí. Esta verdad es mi fortaleza y mi alegría. Yo no estoy solo ni huérfano. El niñito cuando se ve solo llora. Al oír el llanto acuden los padres con su presencia. Yo soy niño de Dios. Mi flaqueza natural me enseña a llorar en mis contratiempos. Tengo miedo de mí mismo. Pero mi fe sobrenatural me dice que Dios está en mí y yo estoy en Dios. No estoy solo. Debo sobreponerme a mi flaqueza y a mis lágrimas.

Dios omnipotente, Dios sumo Bien y suma Bondad, Dios Sabiduría infinita, Creador de toda hermosura y de todos los seres, no sólo es mi Padre, sino mi Criador, mi conservador, y está en mí, se hace mío; está en mí, me ayuda, me guía. Está dentro de mí, más mío y más íntimo a mí que mis propios pensamientos y afectos. Dios es el que me ayuda y el que me conduce y guía por la tierra hacia el cielo. ¿Por qué voy a llorar? ¿Por qué he de temer estando en Dios y Dios en mí?

Busco a Dios dentro de mí, en lo íntimo mío. Me busco a mí en Dios, dentro de Dios, en el pecho de Dios, para que me una en amor con El. Lo busco con el recuerdo y el afecto, mirándole presente en mí, vivo, real, infinito, exterior e interiormente. Busco a Dios no sólo fuera, envolviéndome, mirándome, sino también dentro de mí, llenándome de El. Dios dentro de mí está poniendo el gran mundo sobrenatural, la maravilla de la vida sobrenatural y de la santidad. Dentro de mí está la hermosura que forma la delicia eterna de los ángeles. Dios mío, que estando en mí quieres llenarme de hermosura si yo me entrego y soy fiel: dadme la gracia de la fidelidad. Purificad mi alma para que podáis poner tanta belleza en mí. Por no estar limpia mi alma no puedo aún ver a Dios. *Los limpios de corazón verán a Dios*. Mire yo hacia dentro a Ti en mí para que las hermosuras de los sentidos no me impidan ver la tuya inefable.

Si vivo ya perfecta la vida espiritual, mi alma estará hermoseada con tanta belleza cuanta yo no puedo comprender. ¡Y es Dios quien pone esta belleza en mi alma, dentro de mí! ¡Es Dios quien quiere poner esta blancura y esta luz dentro de mí y me está iluminando! ¡Dentro de mí está el mundo de la riqueza espiritual y sobrenatural, superior a cuanto puedan ver mis ojos, puesto por mi Padre celestial!

59. ¡Tengo que buscarme a mí dentro de Dios! ¡Dios me envuelve y empapa para transformarme y sobrenaturalizarme! ¡Dios me envuelve para unirme con El, y para unirme tiene que transformarme y santificarme! Sólo Dios sabe hacerlo. Pero Dios está deseando hacerlo si yo pongo mi voluntad y mi esfuerzo cooperando.

Para la unión de amor con Dios es imprescindible el trato con Dios; trato exterior y mucho más trato interior. Para que Dios haga esta unión con mi alma debo yo buscar acompañar a Dios y estar con Dios el mayor tiempo posible y debo llevarle adentro, en mi recuerdo, en mi aspiración; cruzar la mirada de mi alma con la suya. El amor se fomenta y se intensifica con la presencia. La virtud de la presencia de Dios debe ser la predilecta de mi alma. Con ella creceré en el amor, como crecieron los santos. La presencia de Dios es ya oración y enseña la oración perfecta, porque de suyo es ejercicio y actualidad de amor.

Dios está en mi alma. Mi alma está en Dios. Mi alma está mirando a Dios dentro de sí misma y viéndose rodeada de Dios. Dios recibiendo la mirada amorosa de mi alma y todos mis deseos y todos mis afectos. Yo mirando a Dios y recogiendo la sin igual mirada de Dios. Dios mismo recoge mi alma, no con la ternura que la madre recoge y abraza a su pobre niño, sino con la ternura de su bondad omnipotente, como recoge y abraza a los

mismos ángeles del cielo, para revestirla, para hermosearla y enriquecerla con resplandores divinos, para transformarla y unirla en amor con El mismo. El alma ofrecida al amor en la fidelidad de las virtudes ha sido criada por El mismo para la santidad y para el cielo. Si yo me ofrezco con esa fidelidad, Dios me recoge para obrar en mí sus maravillas de amor y de santidad. Si a veces parece que Dios me tiene abandonado y como apretado, es para mi mayor bien, para purificarme y hacerme capaz de mayor gloria.

60. Estoy en los brazos de Dios o, mejor, estoy en el pecho de Dios. Aquí recogido, estoy seguro; me abrasará tu amor santo. *Me harás pasar mil vuelos de un vuelo.*

Me mandas, Señor, que me busque en Ti. Para buscarme en Dios y encontrarme en Dios tengo que esconderme en Dios. Porque he querido esconderme en Dios, me he retirado de todo, he dejado las amistades y los bienes. Sólo os quiero a Vos; sólo quiero vivir vuestra vida, la más alta y dichosa aspiración, pero también Vos lo queréis y aun me lo mandáis. Para poderla vivir y que Vos me la podáis comunicar tengo que salir de mí mismo, del gusto de mis sentidos, de las disipaciones de los hombres y aun de sus curiosidades. He salido de todo o he empezado a salir de todo y me he abrazado con la cruz en el silencio y retiro. Cuando

haya terminado de salir y acabado con los regalos, apetitos y vanidades me comunicaréis vuestra promesa. Mientras no salga de mí, como es imposible unir el oro y la tierra, como no se puede abrazar y gozar de la tierra y del cielo, tampoco podrá mi alma poseeros ni gozaros hasta estar del todo limpia y transformada. Al abrazarme con la cruz, me abrazaré contigo, y el triunfo sobre mis apetitos pondrá la luz de cielo y la vida de cielo en el alma.

Estoy en Dios. Mi alma ha venido a esconderse en Dios. Me escondo en lo más hermoso y deslumbrador y en la mayor delicia, en el mismo Dios. Para esconderme en Dios renuncio a todo y me salgo de todo.

61. Pero si he tenido fuerzas para salir de todo y venir en busca de Dios, es porque Dios había puesto antes en mí la fuerza de su amor. He venido atraído por el amor que el Amado-Dios puso en mí, y he venido para crecer en el amor, hasta transformarme en el amor y ser todo de Dios, amándole con su mismo amor y con amor de Dios. El convento, el retiro o la soledad que he escogido no son mi fin, sino el medio para vivir escondido dentro, muy dentro, en el pecho de Dios, en lo íntimo de Dios, en la verdad y en el amor de Dios. Tengo que desmaterializar, en cierto modo, mi cuerpo para espiritualizarle y que no estorbe al alma estar dentro del pecho de Dios.

He venido buscando el amor de Dios, la mayor hermosura y dicha, la hermosura y dicha que ha atraído siempre y ha llenado de exaltación a las almas de los santos. Dios mío, hermosura infinita, que siempre estás y has estado en mí: que no esté yo alejado de Ti, sino muy metido en Ti.

Con gran gozo rezo todas las semanas estas palabras del salmo: *Los esconderás a tus amados en lo escondido de tu rostro, y los guardarás en tu morada o en tu hermosura. Aquí te pido vivir todos los días de mi vida para gustar de tu bondad. Contigo habla mi corazón. A Ti buscan mis ojos. Tu rostro es lo que yo deseo ver. No quieras ocultar tu hermosura a mi mirada.* Guárdame, Dios mío, escondido en lo secreto o en lo íntimo de tu verdad y de tu amor y de tu luz.

Es Dios quien tiene que realizar esto, que es muy superior a mí, pero no puede realizarlo sin mi determinación y entrega. No pido a Dios que me guarde solamente en su casa material o en un convento. He renunciado a la casa material. Le pido que me guarde y esconda más adentro, en lo más secreto, en lo más hermoso de su morada; en la belleza, en la luz, en el gozo de la casa de Dios. La casa de Dios es El mismo. Lo más secreto de Dios es su pecho, y deseo esconderme y vivir escondido en el pecho de Dios, que es también en el mayor amor.

62. David dice al Señor: *Los esconderás a tus amados en lo escondido de tu rostro.* El rostro, la cara, es lo más hermoso del hombre. En la cara se refleja la dulzura del carácter y la alegría del ánimo en su amor. La cara es lo más manifiesto a todos y parece no se puede esconder nada en ella. San Juan de la Cruz interpreta delicadísimamente que el rostro o la cara de Dios es el Verbo eterno. Esconderlos en su rostro es sumergirlos en los misterios y grandezas y hermosuras de la divinidad; envolverlos en la infinita hermosura de la vida de Dios. Esto es lo inestimable de la vida interior. ¡Vivir en el mismo Dios! Es precisamente la vida que yo he escogido vivir, atraído por el amor de Dios; vida inmensamente superior a cuanto pueden los hombres conocer y aun a cuanto pueden aspirar. He venido a vivir en Dios, en lo escondido del rostro de Dios, en la escondida y altísima hermosura de Dios, en la clarísima y suavísima luz de Dios, el Verbo, *la luz verdadera.* Donde se destaca y encanta la hermosura de la mujer es en su cara. Lo hermoso de Dios, aunque es todo hermosura, es el Verbo, la Sabiduría, su Rostro. Dios quiere esconderme en lo escondido y más bello de su hermosura y más brillante de su luz. Esta es la flor del amor; éste es el gozo del amor infinito. Este es mi fin aquí en mi vida retirada. Para esconderme en la luz y hacerme una misma cosa con la hermo-

sura tiene que hacer Dios mi alma hermosa y brillante. ¿Cuándo me haréis luz?...

La verdad de Dios y el amor de Dios me han traído y me llaman. Deseo ser luz y estar en la fuente de la luz. Deseo ser de Dios y estar en su amor.

Nada puede ocultarse a los ojos de Dios. Nada quiero haya en mí oculto a sus ojos y a sus miradas. A Ti, Dios mío, abro yo mi corazón y mi alma, aunque Tú los ves sin necesidad de que yo te los abra. A Ti presento yo mis miserias, mis debilidades, mis enfermedades, para que me cures y cambies en hermosura y fortaleza. Tú sólo puedes hacerlo. Mira mi alma que pongo delante de tus ojos con sus enfermedades, y pues eres mi Criador y mi Padre, quítame mis defectos, enséñame y sáname.

Un inventor pone todo su saber y toda su habilidad para que el invento realizado salga con la mayor perfección posible. Un padre sacia, en cuanto puede, el hambre de sus hijos y les da el regalo posible y la salud e instrucción que están a su alcance. Pues, Padre mío celestial, te presento mi alma, esta mi pobre alma, para que obres en ella según tu inmensa misericordia. Sánamela y fortalécemela de mis enfermedades y flaquezas. Dame el conocimiento de una fe viva y de una esperanza confiada para que te ame con todas mis fuerzas y sólo mire a Ti en todo.

Mi vida, en mi aspiración a la santidad, es de

fe y es de esperanza. La fe me enseña que mi vida es amar esta divina realidad de Dios presente en mí y obrando su obra de amor en mi alma según sea mi entrega y mi fidelidad. Dios me ha llamado y me llama para que yo le ame. Dios me llama para llenarme de su amor.

Haz, Dios mío, que yo llene este fin de amor para el cual me has llamado. Te doy gracias porque me llamaste. Te deseo amar porque Tú has llamado a mi corazón y has llamado con llamada de amor. Te amo porque has puesto el amor en mi corazón. Te busco porque antes pusiste en mí el ansia y la necesidad de amarte. Nunca podría yo amarte si no me hubieras prevenido con tu amor. Tu fe me ha iluminado, tu esperanza me ha traído; abrásame con tu caridad.

63. ¿Qué busco, Señor, cuando busco tu amor? ¿Qué es lo que amo cuando vengo al retiro a amar? Mi alma busca y desea una luz, una hermosura, una sabiduría y un bien sobre toda luz y hermosura, sobre todo bien y sabiduría. Es la sabiduría de la santidad, es la ciencia de la bondad, es la luz y el gozo y la maravilla del mismo Dios.

Vengo a buscar y a vivir algo que está sobre todo cuanto yo puedo saber y conocer, algo en belleza y en luz y en gozo que supera el mismo conocimiento de los ángeles. Es la bondad infinita y la belleza infinita y el gozo infinito. Vengo a buscar

y a vivir al mismo Dios infinito, superior a todo encanto y a todo ensueño. Y vengo a buscarle llamado por El mismo y viviendo en el mismo Dios. Y vengo para que El sea mi vida natural y mi vida sobrenatural; mi vida interior espiritual y mi vida eterna. Vengo a recoger y reunir todas las bellezas y todas las perfecciones en mi alma viviéndolas viviendo en Dios, y viviéndolas eternamente en dicha viviendo la vida gloriosa de Dios para siempre en el cielo.

Esta vida en Dios producirá en mi alma el gozo de la verdad y la posesión de la verdad, superior a todo otro gozo, porque es el mismo gozo de Dios.

¿Qué es el gozo espiritual aun en la tierra? ¿Qué será el gozo de vivir en Dios y el gozo de santidad y amor que Dios hace sentir al alma? No se puede saber, y a quienes Dios se lo ha dado a gustar no han sabido expresarlo. Es adentro, adentro un no sé qué que obra, que llena de dicha; un no sé qué muy superior a toda comparación, porque es Dios quien obra; es Dios en mí y para mí y yo para Dios. Es mi Dios, mi Criador y de todas las cosas, el infinito y omnipotente, que obra y llena subidísimamente el alma, y será para siempre mío y mi dicha y yo en El.

Atraído por la llamada de Dios, he venido a buscarle. El amor que Dios puso en mí me ha traído para que ese amor crezca en mí hasta llenarme

y transformarme. Me transformará cuando se realice mi unión con Dios.

64. ¿Dónde encontraré a Dios en amor? No en mí sólo, pues yo sólo soy flaqueza y necesidad. Encontraré a Dios en El mismo, que es todo Bien y el sumo Bien. Encontraré a Dios, luz infinita, omnipotencia creadora de todos los seres y bienaventuranza de todas las inteligencias en El mismo. Pero ese Dios infinito que he de encontrar en El mismo lo tengo dentro de mí; está en mí, dándome el ser y cuanto tengo; está dentro de mí y quiere transformarme en felicidad; quiere cambiar mi pobreza y debilidad actual en hermosura, en poder y en dicha. Dios quiere hacerme suyo. Dios quiere unirme a Sí mismo; quiere cogerme amorosamente como coge un padre a su niñito que aún no puede ni tenerse en pie y le levanta y le estrecha entre sus brazos mostrándole amor. La omnipotencia y la bondad infinita quiere coger mi alma para envolverla en su amor y comunicarme su dicha llenándome de amor. Para esto me ha llamado Dios. Para esto he venido yo a vivir vida espiritual.

La gracia es participación de Dios en el alma. El alma que está en gracia está en el amor y es amor participado del mismo Dios. El alma que está en gracia está vestida de un vestido de amor de Dios y es templo vivo y trono esplendoroso de Dios. Es templo vivo hermoseado y enriquecido

con el adorno y riqueza que Dios ha querido poner en el alma y el alma ha hecho suyos y ofrece en alabanza a Dios. Esta alma es templo vivo donde se cantan las alabanzas y magnificencias de Dios, templo donde resuenan las armonías y delicadezas del cielo. Esta alma es trono de Dios guarnecido no con oro de la tierra, sino con oro del cielo; es trono donde Dios se ha puesto.

Dios se pone en el alma que está en gracia y en amor y la hace una cosa con El, para hacerla amor, para colmarla de amor y transformarla y divinizarla.

Dios es el gran misterio del alma que no llego a comprender, pero que cuanto más entiendo, más me lleno de admiración y agradecimiento y veo que hay más que ver.

65. Como he venido a buscarlo y me he ofrecido a El, Dios se hace del alma, Dios se hace mío. Cómo se me alegra el corazón con este pensamiento tan hermoso y tan delicado de San Juan de la Cruz: Dios se hace prisionero del alma amante, y escoge por prisión o cárcel suya a la misma alma. Dios se hace prisionero del alma para estar siempre como a la disposición y servicio del alma. Dios vive en mi alma. Dios ha escogido por morada de amor donde vivir mi alma y al hacerse prisionero del alma, como que se hace para obedecer al alma, pero se hace para poner las virtudes, para poner

la vida nueva sobrenatural, para llenarla del amor divino. Está Dios obrando maravillas inexplicables de amor en el alma.

Y el alma que está empapada en el amor de Dios y hecha amor de Dios se deshace en alabanzas y agradecimiento a Dios, como a Dios y como a su Amado.

¿Qué es el alma consagrada y ofrecida a Dios? Es el alma que, como el bálsamo, como el perfume, como la esencia de las flores, se deshace en alabanzas y en agradecimiento delante de Dios, como deshizo la Magdalena el tarro delante de Jesús, ungiéndole, y el perfume llenó toda la estancia.

Pero tengo que pedir al Señor la luz, el amor y el perfume del alma. Hago mío el pensamiento de Lulio: «*Amado,—dijo el Amigo—, ya que tú quieres ser amado de Mí, y no puedes ser amado sin la bondad del amor, ni el amor puede ser bueno sin las virtudes, dame las virtudes con las cuales te muestre mi amor. Amado—dijo el Amigo—, haz que el amor esté en medio de un gran recuerdo, de una gran inteligencia, para que mi amor sea grande para alabarte y para llevar los hombres a tu culto amándote y bendiciéndote.*» Este es mi deseo y ésta mi aspiración: que Dios me llene y me posea. ¡Que Dios ilumine y esclarezca todos mis recuerdos y todos mis pensamientos!

«*Preguntaron al Amigo: «¿Posees algún tesoro?» El Amigo respondió que su Amado y su amor*

eran su tesoro. Volviéronle a preguntar: «¿Tienes Tú voluntad?» «¡Oh Paje—dijo el Amigo—, no la tengo porque ya he hecho donación de ella al Amado!» «¿Amigo, quién es tu Amado?» «Paje—dijo el Amigo—, mi Amado es el que llena mi capacidad de amar, de comprender y de recordar.» «Amigo, ¿tienes tu Amado en ti?» «Paje—dijo el Amigo—, mi Amado está en una perfección que perfecciona mi amor.» «Amigo, ¿qué tiene tu Amado en ti?» El Amigo respondió: «El Amado tiene en mí toda mi memoria, todo mi entendimiento, toda mi voluntad, y me posee tan enteramente que nada tengo en mí. Todo es de mi Amado.»

Este es el ofrecimiento, ésta la consagración a Dios de toda alma santa, éste es el deshacerse continuamente en alabanza y súplica de amor a Dios. Quiso de ser Dios en mis pensamientos, en mis deseos, en mis palabras y en mis acciones. He venido, atendiendo a su llamada, para vivir en El y participar de su vida, a que mi vida en toda su actividad suba como incienso y perfume de amor hacia Dios. Pero este incienso y este perfume, esta vida de santidad, de nobleza y grandeza, me los da Dios. Es Dios quien está en mí obrando y me llena.

66. La vida de Dios es el amor de Dios, es la sabiduría, la hermosura de Dios; es lo más noble y alto que hay. El amor de Dios es la hermosura de Dios y la sabiduría y el poder de Dios.

Si en los seres criados, si en la familia y en la sociedad, el amor es el eje y el centro donde todos descansan y en torno suyo todo se mueve; si el amor es directa o indirectamente la fuerza que todo lo mueve, que todo lo ordena y lo desordena, que todo lo hace y deshace y cambia; si Dios ha hecho que todos tengamos siempre presente el amor y por el amor obremos, ¿qué será y qué obrará el amor infinito de Dios? ¿Qué maravillas no obrará Dios poniendo su amor infinito en un alma? ¿Qué transformación tan inconcebible no se obrará en el alma que se ofrece al divino amor y suplica a Dios la llene de su amor? ¿Qué no se obrará en mi alma si soy fiel y cumplo mi palabra, pues a esto, solamente a esto, he venido? Porque a esta alma fiel Dios la ofrece su amor, la llena de su amor y de todos los efectos incomprensibles del amor infinito y se pone El mismo en el alma.

El amor de Dios es la sabiduría, es la hermosura, es la omnipotencia y es la felicidad. Cuando el alma por la gracia participa de la vida de Dios recibe igualmente el amor de Dios, porque en Dios todo es una sola cosa perfectísima: el amor, la vida, el poder, lo infinito en todo bien, en el sumo bien. Si yo me ofrezco a Dios en amor de palabra y de obra, Dios me recoge, me une a Sí mismo, me mete en Sí mismo, en su misma vida, me hace amor suyo y realiza la maravilla ansiada de la transformación de mi alma en amor, la unión de mi

alma en amor con El mismo; lo realiza en lo íntimo, en lo secreto del alma, en lo secreto, misterioso y altísimo del mismo Dios. Las pruebas, las tentaciones y las sequedades no sólo no pueden impedirlo, sino que sirven de purificación para la más pronta realización. ¡Dios mío, si realizaseis en mí esa altísima fineza! Y la realizaréis si yo soy fiel y persevero, si yo me vacío de todo. Sabré que crece en mí el amor cuando vea que se me aumentan los contratiempos, los sufrimientos, los llantos y pesares para ofrecérselos en obsequio al Amado.

Ninguna criatura ni la creación entera pueden compararse con Dios ni en grandeza ni en hermosura. Toda la creación pasada, presente y futura es sombra de nada comparada con Dios.

67. Nada podemos soñar más delicado, más luminoso, más espléndido y atrayente que el amor de Dios y su hermosura, y nada tampoco más glorioso que su posesión y goce después en la vida eterna. Y eso que ha de ser después mi felicidad en la vida eterna es ya ahora una realidad en mí, pero todavía no gloriosa.

Me dice San Agustín que buscaba anheloso a Dios por todos los seres de la creación entera, y los seres todos le van diciendo: *Búscale sobre nosotros. El nos hizo. La belleza, la armonía, el amor que admiras en nosotros, nos los ha dado El. Búscale sobre nosotros. Somos hechura suya.*

Te busco a Ti, Dios mío, y al buscarte a Ti busco mi felicidad y mi dicha. Te buscaba fuera y estabas dentro de mí, en mi misma memoria, en mi entendimiento; en mí estabas llenando mi alma. Y te encontré en Ti mismo, que estabas por encima de mí y en mí. Eras la verdad en todas las cosas y me llamabas y yo no te había oído. ¿Por qué vine a amarte tan tarde? ¿Por qué no estuve siempre entregado totalmente a Ti, viviendo tu vida y tu amor? Gran verdad me anuncias al decirme: Búscate en Mí y a Mí buscarme has en ti. El santo se recogió en sí mismo y encontró a Dios, sumo Bien, y le dice: *En mí estabas, oh hermosura siempre antigua y siempre nueva. ¡En mí estabas y no te había visto! Estabas dentro de mí y yo estaba fuera de mí y de Ti. Me llamaste, atrajiste mi mirada, deshiciste mi dureza, y al verte veo que nada hay semejante a tu bondad; cuando te he gustado tengo más hambre y más sed de Ti.*

Esa infinita hermosura, eterna y siempre nueva, está dentro de mí, en mi alma; ese resplandor eterno, ese sumo Bien que da luz a los ángeles y los llena de inexpresable gozo y felicidad, está en mi alma, en mis pensamientos y afectos; es Dios infinito y está en mí y para mí; es el Amor infinito y se me quiere dar y entrará a raudales en mis potencias, según yo quiera y le haga lugar en mí. Si yo le cierro mi voluntad, no podrá estar en mí en amor, porque yo huyo de El: *Estabas dentro*

de mí y yo estaba fuera de mí. ¡No me buscaba a mí en Ti!

68. ¡Qué grandeza es ser de Dios! ¡Qué alegría da cantar las misericordias del Señor! ¡Qué sobrehumano gozo es estar unido a Dios en amor! ¡La gracia sobrenatural es participar del mismo Dios y tener al mismo Dios! Cantar las misericordias del Señor es crecer en la gracia, aumentar en el amor; es perfeccionarse en las virtudes, en esas virtudes que el alma pide al Amado, que es pedirle la unión de amor con Dios y la transformación del alma en amor; es pedir a Dios que *la esconda en lo escondido e íntimo de su pecho, en lo escondido de la luz del Espíritu Santo, en la increada belleza de su rostro el Verbo eterno, en la infinita hermosura de la esencia divina.*

Mi expresión de fin dichoso y de felicidad es el cielo. Miro a la gloria como a mi bienaventuranza eterna y lo será. Pero la gloria es gloria, porque es la posesión del amor de Dios; y la bienaventuranza es bienaventuranza, porque es la saturación de dicha y de felicidad por haber entrado en la posesión de la vida del amor, de la sabiduría y de la suma perfección de Dios, ya en disfrute de gloria. Ahora en la tierra estoy con los ojos vendados.

Sé que está Dios en mí y yo en Dios; lo sé con la certeza de la fe, pero con la oscuridad de

la fe. No le veo, no le siento, aunque lo sé. Cuando Dios me quite la venda esta y me dé la luz de la gloria, le veré en su esencia, veré su hermosura, gozaré de su gozo y sabré con su sabiduría. Será el mismo que ahora llevo dentro de mí, el mismo por quien suspiraba, a quien buscaba y por quien deseaba deshacerme en amor. Te llevo dentro y no te veo. Entonces ya te veré lleno de gloria y me veré lleno de tu gloria.

El alma que ama es amada de Dios y es un cielo en la tierra, cielo de esperanza en gloria. *Ya se sabe*—me dice Santa Teresa de Jesús—, *donde está Dios está el cielo*. Dios está amoroso en el alma que le ama. Dios está amoroso en el alma en gracia y que se le ofrece con amor determinado. Dios está en el alma del amor soplando dulcemente en la brasa de amor para hacerla toda llama de amor, para prepararla y enriquecerla y unirla con El mismo en un mismo amor. Dios con la gracia y el amor transforma el alma. Dios con la gracia y el amor fortalece el alma y la diviniza. Dios une al alma consigo en unión de amor.

69. Todas las flaquezas que en mí veo y lloro, todas las incomprensiones que hay en mí y veo o me parece ver en los demás, todos los tropiezos que doy y todas las disipaciones e infidelidades que padezco provienen de la deficiencia del amor. Todavía no vuelo en alas del amor, no he dado

entrada a Dios para que tome posesión de mí, no soy trono de Dios, no he correspondido con fidelidad.

Cuando el alma ha crecido en la verdad del amor y correspondido con fidelidad, Dios la une consigo, Dios hace la unión de amor con el alma y como efectos propios de la unión llena de Sí mismo el alma, llena los pensamientos y hasta la imaginación; levanta a mirada de cielo las inclinaciones de tierra, tan vanas y superficiales; Dios, llenando el alma, la hace de cielo y la da trasparencia sobrenatural. La unión de amor con Dios es el gran misterio de amor y el alma empieza una nueva vida. La unión de amor con Dios es la aspiración del alma espiritual.

Muchas comparaciones he leído explicando la grandeza de esta unión. Una de ellas es el cristal. ¡Qué lunas tan hermosas, tan transparentes, tan límpidas, se ven en los escaparates! ¡Hacen resaltar la belleza de los objetos presentados ante el público y parecen más hermosos de lo que son en sí! No ponen ni el menor obstáculo para que los traspase la luz del sol y se hacen luz con la luz. De semejante modo cuando el alma está limpia y hermoseada con el amor de Dios se hace tan transparente que la luz de Dios la penetra y la ilumina sin impedimento y como que se hace luz y belleza de Dios, Dios la llena y la transforma.

San Juan de la Cruz y fray Luis de León ponen

la comparación del madero hecho brasa. Antes de llegar a ser brasa y llama ha necesitado sufrir la transformación. Antes estaba verde y húmedo; cuando le embistió el fuego se puso negro y despidió humo y se despojó de la humedad que contenía; luego se apoderó el calor de él y se convirtió en brasa y en llama. También el alma, una vez purificada y limpia y despojada de lo imperfecto, se convierte en amor de Dios por la unión de amor. Dios como que la diviniza, dotándola de grandes perfecciones.

La unión del alma en amor con Dios es la gran maravilla de Dios en las almas. Es la mayor delicadeza y grandeza de Dios en lo espiritual humano.

Esta alma unida con Dios en amor obra con Dios, y Dios unido misericordiosamente con el alma obra con el alma, unido, pero sin quitar al alma su propia personalidad y su ser individual. Es Dios quien da la vida y el obrar y el amar al alma. El alma obra y ama divinamente. ¿Cómo?

Una comparación se me ocurre, muy común y muy vulgar, pero me parece lo da a entender muy claramente. Muchas veces he tenido una vela apagada y encendida en mis manos y la he mirado con atención. Veo muy distintos el pábilo y la cera. El pábilo es la reunión de unos hilos de algodón; bien poca cosa; quemado solo, da un poco de humo y no luce. Puesto en la vela, en el centro de la cera,

queda todo rodeado y empapado en la cera. El algodón puesto de pábilo no es la cera, pero sin la cera no puede lucir. Se enciende el pábilo que ya está en medio de la cera y empapado en ella y luce mientras tiene cera que se derrite y le alimenta e impregna. Es la cera la que, derritiéndose, le alimenta, empapa el pábilo y luce la cera por él. Es la cera la que arde; no daría su llama sin el pabilo. El pábilo ha de estar siempre empapado y alimentado por la cera. El alma siempre ha de estar empapada, no sólo rodeada, sino empapada y llena de Dios. La vida de la santidad y las virtudes son el amor de Dios que empapa al alma y da la llama. El alma tiene la llama de Dios, es llama divina, es la llama de la unión con Dios.

El apostolado del alma unida es abrasador, incendia el mundo en amor de Dios y le llena de virtudes. Dios mío, que yo esté en medio de Vos, rodeado de Vos y empapado en Vos para que tenga vida y llama y amor de Vos mismo. Unidme a Vos.

Mucho más empapado está el pábilo cuando la cera está ardiendo y derretida que cuando está fría y apagada, aun cuando siempre esté metido en medio de la cera, como es más íntima la unión cuando el amor está muy activo en amar.

He venido yo al retiro y me he apartado del mundo para que Dios me haga brasa de amor, para que Dios queme en mí toda la pobreza y

fealdad de este mi madero y me transforme en brasa y llama de amor divino.

Otra comparación veo en la bombilla eléctrica. Tengo una bombilla de cristal; dentro está el filamento metálico un poco oscuro; se ha hecho el vacío; si no se hubiera abstraído el oxígeno al venir la corriente, se quemaría el filamento. Cuando está así preparado, la corriente eléctrica le inflama, le hace resplandeciente y transforma en luz. Así hace Dios conmigo o así quiere hacer si yo pongo mi voluntad y esfuerzo. Pero, además de prepararme, tengo que estar en contacto con esta corriente de Dios o, mejor, es el mismo contacto con Dios lo que me ayuda a prepararme; es la gracia divina y su amor. ¡Cuándo me transformaréis en luz vuestra, en fuerza vuestra, en amor vuestro, Dios mío, uniéndome a Vos!

70. Dios está en mí. Dios está en mi alma. Dios está más íntimamente en mí que mis propios pensamientos y mis propios afectos. Dios está llamándome.

Vuelvo a recordar el pensamiento tan fundamental que me enseña la teología y la filosofía: Dios está en mí—y está en todas las cosas—por esencia, presencia y potencia. E intenta explicármelo con esta comparación: Dios está por *esencia*, como yo estoy aquí realmente presente, rodeado de un espacio en el que me encuentro. Dios está por